

«Una lectura superadictiva que habla del sexo
y el amor con franqueza y positividad.»
ANDREA IZQUIERDO, autora de *Otoño en Londres*



LAS
*(des)*VENTAJAS
DE SER
virgen

CAMERON LUND

Cuando una de sus amigas, la popular Danielle, pierde la virginidad en su fiesta de cumpleaños, Keely piensa que es la única virgen de la clase y esto empieza a preocuparla. Entonces, un joven universitario increíblemente atractivo empieza a interesarse por ella. Pero ¿qué pasará cuando se entere de que nunca «lo ha hecho»? Para que eso no ocurra, Keely traza un plan casi perfecto: pedirle ayuda a Andrew, su mejor amigo, quien puede enseñarle algunos trucos y prepararla para el gran momento. El plan funcionará mientras sean, por supuesto, amigos, solo amigos. Aunque lo que Keely no sabe es que los planes, a veces, no salen como uno espera. La gente siempre dice: «Espera a estar preparada». Pero ¿cómo sabes cuándo lo estás? Si acostarte con alguien significa exponerte a un corazón roto, al ridículo o al dolor, no sé si estaré preparada algún día.

*Para todas aquellas personas que no están
preparadas o que sienten que van rezagadas.*

Recordad, no es una carrera.

UNO

Nada más abro la puerta, lo primero que veo es el culo de Chase Brosner, desnudo y resplandeciente, como si fuera uno de esos letreros con luces de neón de Las Vegas. A continuación, veo las manos de la chica que se encuentra debajo de él agarrándole la espalda, y cuando me fijo en las uñas, sé que es Danielle. Estaba con ella cuando se las pintó. «De negro», dijo, a juego con su corazón.

Están enroscados en la cama –en la cama de los padres de Andrew– y yo me he quedado de piedra, inmóvil, con la mano sobre el pomo de la puerta. No era lo que esperaba encontrarme cuando hui escaleras arriba de toda la gente que ni siquiera recuerda que es mi cumpleaños, y que solo ha venido a esta estúpida fiesta porque se ha enterado de que los padres de Andrew están fuera esquiando y que hay cerveza gratis. Pero ahora, mientras trato de asimilar la imagen del culo de Chase, de las uñas de Danielle clavándose en la piel y del pelo oscuro desparramado por la almohada, me doy cuenta de que esto es mucho peor que la fiesta.

Aunque Danielle solo tarda tres segundos en advertir mi presencia, a mí me parecen tres mil. Y cuando me ve, empieza a gritar. Yo también grito, y al hacerlo, el vaso de cerveza se me escapa de las manos y me salpica los pies. Mientras ella gatea para estirar la sábana, envolviéndose con el edredón como si fuera un burrito humano, nos clavamos la mirada la una en la otra.

–Lo siento de veras –me disculpo, agachándome para recoger el vaso y secar lo que pueda con la manga antes de que el líquido estropee el parqué—. No sabía que la habitación estaba ocupada.

–¡Lárgate! –chilla Danielle.

Así que me largo dando un portazo.

Y aunque pueda parecer una locura, allí, atónita al otro lado de la puerta, todo lo que se me ocurre pensar es: «¿Y si esto es lo que hay? ¿Y si ese va a ser el primer y último culo que voy a ver en la vida?». Si cierro los ojos, todavía puedo verlo, blanco y deslumbrante, como si fuera el sol cuando lo miras directamente, y sospecho que esa imagen se ha grabado en mi memoria para siempre. Imagino que no es un culo feo, aunque no tengo con qué compararlo. Sencillamente, está pegado a un tipo que ni siquiera me gusta, un tipo que cuenta chistes estúpidos sobre sus pedos, que se preocupa demasiado por el baloncesto y que tiene una obsesión poco sana con la palabra «colega». Pero, de momento, no se perfila en el horizonte la perspectiva de ver a ningún otro tío desnudo, al menos no de la manera en que ha ido el insti hasta el momento.

Cuando la puerta se abre de nuevo y Chase y Danielle salen del dormitorio, yo todavía sigo allí. Están acabando de vestirse y hago una mueca desagradable al ver que Chase se sube la cremallera de la bragueta.

–Keely... –dice Danielle con voz entrecortada.

Agarra a Chase por el bíceps y puedo oler el aroma dulzón y acaramelado de su perfume. Lleva el pintalabios corrido por las mejillas y la melena morena despeinada, como si fuera una cama revuelta. Tengo que dejar de pensar en camas revueltas. Puaj.

–Eh, colega.

Chase levanta el brazo para saludarme con un fraterno y universal choque de puños pero cambia de idea y lo baja, presumiblemente recordando que, de hecho, no soy una de sus colegas. Un error bastante frecuente.

–Lo siento –me disculpo de nuevo, alejándome de ellos.

–Bah, da igual... –dice Chase, encogiéndose de hombros como si no tuviera mucha importancia.

–De hecho, ¿podemos hablar un momento? ¿A solas?

Danielle hace un gesto hacia la derecha con la cabeza, indicando el cuarto de baño del pasillo.

–Claro –respondo, con un nudo en la garganta.

Alguien que no nos conociera podría pensar que Danielle y yo somos amigas, y supongo que, según las reglas del insti, lo somos. Salimos con el mismo grupo y nos sentamos a la misma mesa para comer, aunque apenas nos dirigimos la palabra. Al parecer, todo cambia cuando te tropiezas sin querer con alguien desnudo.

–Te veo abajo –dice Chase, y besa a Danielle, poniéndole la mano justo al lado de la teta dispuesto a estrujársela, lo que me incomoda. Danielle suelta una risita y cuando Chase se aparta, levanta el mentón y me dice–: Hasta luego, Keely.

A continuación, se dirige arrastrando los pies hacia las escaleras. Puedo distinguir su olor a cerveza rancia cuando pasa por delante de mí.

Una vez que se ha marchado, Danielle me arrastra hasta el cuarto de baño. Cierra la puerta, pasa el pestillo y después se gira hacia el espejo y contempla su imagen reflejada. No la culpo. Si yo me pareciera a Danielle Oliver, probablemente me pasaría todo el día mirándome. Tiene una piel pálida luminosa, los pómulos marcados como los de una modelo y unos ojos grandes y castaños que se estiran en las comisuras, como los de una gata.

–Prométeme que no dirás nada.

–Lo prometo.

–Bien –dice, relajándose un poco–. Todavía me estoy haciendo la difícil.

Me muerdo la parte interna de la mejilla para no soltar una carcajada. Danielle y Chase todavía no salen juntos,

pero son el uno para el otro: si el insti fuera Hollywood, ellos serían la gente guapa que aparece en las revistas. Solo era cuestión de tiempo que empezaran a salir. Así que no entiendo por qué Danielle está tan obsesionada con que lo mantenga en secreto. No es que ella haya sido muy discreta antes, cuando se ha dedicado a perseguirlo entre risas alrededor de la mesa de la cocina, tratando de pintarle la cara con su pintalabios rojo.

—¿No acabáis de... acostaros?

Con suerte no me matará por preguntárselo, pero la verdad es que todos en Prescott saben que Danielle Oliver es —bueno, era— virgen, y no porque ella lo dijera abiertamente. Así es cómo funcionan las cosas por aquí. Nuestro pueblo en medio de la nada del estado de Vermont es tan pequeño que incluso aunque solo conozcas a la gente de vista, lo sabes todo sobre ellos. Me refiero a que todos nosotros —los sesenta alumnos que cursamos el último año del insti— hemos estado juntos desde la escuela primaria, así que los secretos saltan de un estudiante a otro como si estuviéramos jugando al teléfono escacharrado. Y, con toda seguridad, la razón por la que Danielle ha conseguido seguir virgen durante tanto tiempo es porque la gente de Prescott debe de haber encontrado una nueva comidilla.

Yo también soy virgen, aunque esto no es tan sorprendente como para convertirse en noticia.

Percibo el momento preciso en que Danielle decide contármelo. Esboza una sonrisa que se extiende por su rostro como si fuera un haz de luz en una habitación a oscuras, y de repente está tan deslumbrante que siento una presión en el pecho. Sus ojos brillan cuando se vuelve hacia mí. Puedo notar cómo el secreto hierve en su interior, como si fueran burbujas de champán.

—Vale, puede que nos hayamos acostado... Adivina quién es por fin toda una mujer —confiesa.

–Guau... –De repente, no consigo encontrar las palabras adecuadas–. Eso es... Felicidades. ¡Bien por ti!

En lugar de comportarme como un ser humano real y práctico, me acabo de convertir en una tarjeta de felicitación cursi y hortera. Mis mejores deseos para el viaje. ¡El límite son las estrellas! Pero Danielle no ha debido de advertir nada raro en mi reacción porque continúa hablando como si yo no hubiese dicho nada.

–Ni siquiera dolió tanto. Ava me contó que en su primera vez se desmayó, así que supongo que me lo esperaba más bestia. –Se lame el dedo índice y lo pasa por debajo de los ojos para eliminar las manchas de rímel–. Ava es taaan dramática.

Si Ava Adams estuviera aquí, en este cuarto de baño, en mi lugar, sabría exactamente qué decir. Ava es la preferida de Danielle. A mí solo me tolera.

–Y él, ¿te gusta? –pregunto.

Transcurre un instante antes de que responda, unos segundos en los que probablemente esté sopesando si vale la pena decirme la verdad. A continuación, se encoge de hombros.

–Ya tocaba. No puedo creer que haya sido virgen durante todo este tiempo. Qué vergüenza.

Noto que me sonrojo ante esta indirecta fortuita. Ya sé que lo de ser virgen no debería tener mucha importancia, pero el hecho de que Danielle compartiera la etiqueta conmigo me hacía sentir mejor. Si Danielle Oliver comparte algo vergonzoso contigo, la escala de incomodidad se rebaja automáticamente en cinco millones de puntos.

Ava fue la primera chica de nuestra clase que perdió la virginidad. Ella y Jason Ryder pasaron la noche de la fiesta de tercero en el patio, detrás del tobogán. Por aquel entonces, cuando me lo contaron, me quedé horrorizada. El sexo era algo ajeno a mí, algo que la gente hacía en las películas, y ni siquiera en las que yo veía. Entonces, las otras chicas empezaron a hacerlo también: Molly Moye la

perdió con uno de los mejores amigos de su hermano mayor, y Jessica Rogers, con una chica que conoció durante unas vacaciones de invierno en Vancouver. Mi amiga Hannah perdió la suya en primero de bachillerato con su novio, Charlie. Fueron a pasar la noche a su casa del lago, encendieron un montón de velas y pusieron su álbum favorito. Al parecer, ni Morrissey pudo evitar que sucediera.

Mientras escuchábamos sus relatos de la primera vez, todas, todas, bullíamos con preguntas: «¿Qué se siente al hacerlo?». «¿Te dolió?». «¿Cómo supiste lo que tenías que hacer?». Y ahora Danielle se ha unido a ellas. Ahora estamos en el último año del insti y las preguntas se han agotado.

Ahora soy la única que queda.

Puedo escuchar el sonido amortiguado de la música en el piso inferior, el chillido de una chica y unas carcajadas, el estruendo de algo que cae al suelo, quizás un vaso de agua o la lámpara de la mesita auxiliar. Parpadeo y pongo los ojos en blanco. Espero que la madre de Andrew no nos mate. Quizá sea la casa y la fiesta de Andrew, pero su madre sabrá que he estado aquí. Siempre estoy aquí.

Danielle coge una toalla de mano y la restriega por las marcas de pintalabios en sus mejillas. Quiero alargar el brazo y detenerla —la madre de Andrew perderá la chaveta cuando vea la toalla manchada, especialmente después de eso que se ha roto en el piso inferior—, pero me parece que no es buen momento. Danielle se acerca al espejo y se inspecciona con la mirada perdida. Y podría jurar que su expresión es la de una persona más sabia, la de alguien que jamás volverá a preocuparse por si a un chico le gusta o no su trasero, que jamás volverá a tener una enorme espinilla en medio de la frente. Danielle siempre ha sido una persona muy segura de sí misma, pero ahora parece imparable.

A su lado, tengo el aspecto de una niña de doce años, pese a que hoy, oficialmente, cumplo dieciocho. Siempre he sido muy bajita, pero ahora lo parezco incluso más porque Danielle lleva unos zapatos negros de tacón grueso y yo, mis calcetines; me quité las botas para la nieve en la puerta, cuando llegué, como se suponía que teníamos que hacer. Me atuso el pelo –más rubio de lo habitual porque no me lo he lavado– y me maldigo por considerar que un champú seco y una cola de caballo eran lo más adecuado para una fiesta. Creo que estoy cavando mi propia tumba.

–¿No crees que parezco mayor ahora? –pregunta Danielle frunciendo los labios y moviéndose adelante y atrás para ver su reflejo desde todos los ángulos–. En serio, ahora que ya soy mujer, me siento mayor.

No pienso admitirle que estaba pensando justamente en eso, así que le devuelvo la pregunta con coquetería.

–¿Crees que parezco mayor?

Ya sé que no cambias de un día para otro como por arte de magia al cumplir años. Aun así, hay una parte de mí que quiere sentir lo mismo que Danielle. Yo también quiero ser imparable.

Danielle me mira sin comprender.

–¿Y por qué tendrías que parecer mayor?

Por supuesto, no se acuerda. Y eso que hoy Hannah trajo pastelitos al insti para celebrarlo y Danielle los criticó por llevar demasiado huevo. Y eso que se supone que esta fiesta es en mi honor.

–Es mi cumpleaños.

Aparta su mirada del espejo y se vuelve hacia mí.

–Ay, lo había olvidado por completo... –Sus dedos se enredan en un mechón de pelo–. Chase ha sido tan dulce conmigo esta noche. Sabía que era mi primera vez, así que no tuvo prisa.

Y así regresamos a Chase. Supongo que no puedo culparla. Si yo acabara de perder mi virginidad, quizá solo

me apetecería hablar del tema.

–Me alegro de que fuera tal como lo imaginabas –le digo–. Hay mucho gilipollas en este insti. Me alegro de que hayas encontrado a un buen chico.

–Ya... Chase Brosner... –responde, y a continuación me coge la mano y tira de mí hacia la puerta, le quita el pestillo y la abre de par en par–. Recuerda, tú no has visto nada.

Salimos juntas del baño y nos dirigimos escaleras abajo. Aunque fuera está nevando, el ambiente en el interior es cálido y huele a sudor. Ya casi hemos llegado al final de las escaleras cuando los oímos.

Aplausos.

Al principio son tímidos, y llegan amortiguados por el estruendo de la fiesta, por encima de una canción de Kendrick Lamar que alguien ha puesto en el móvil. Pero acto seguido, a medida que la gente se da cuenta de que estamos allí, aumentan. Todos dejan de hablar, de bailar, detienen sus juegos de *beer pong* y se unen al resto, ululando, silbando y lanzando vítores. Alguien coge el móvil y «Like a Virgin», de Madonna, suena a todo volumen.

Hemos llegado al pie de la escalera, y Danielle, que está detrás de mí, se pone tensa.

Al otro extremo del salón está Chase, despatarrado sobre el sofá, con una sonrisa soñolienta en el rostro. Jason Ryder y Simon Terst lo flanquean.

Simon se inclina hacia él, casi nervioso por la emoción.

–¡No está mal, Brosner!

Jason Ryder pega un largo trago a su cerveza y, a continuación, da unas palmadas a Chase en la espalda con tal ímpetu que seguramente le hace daño.

–Al final resulta que no es *infollable* –dice Ryder arrastrando las palabras.

Danielle sigue inmóvil, con un tacón flotando sobre el siguiente peldaño.

–Danielle, ¿estás bien? –susurro, agarrándola del brazo, tratando de tranquilizarla y de tranquilizarme a mí misma.

¿Cómo han podido enterarse tan rápido? No hemos estado ni diez minutos en el baño. ¿Ha sido Chase, que lo ha proclamado a los cuatro vientos nada más bajar del piso de arriba? Quizá se lo haya dicho a Jason Ryder, y el estúpido bocazas de Ryder se ha ido de la lengua.

–Estoy bien –sisea.

Sin embargo, su mano se aferra a la mía y la aprieta durante un instante antes de soltarla. Luego, toma aliento y se atusa el pelo con una mano temblorosa. Y después hace una reverencia.

Todo el mundo enloquece.

DOS

Danielle se endereza, sonriendo como hace Chase cuando juega en casa y todos sostenemos carteles con su nombre. Es como si la canción de Madonna fuera su música de bienvenida. La sigo escaleras abajo, como si fuera también la mía, confiando en que nadie haya relacionado la canción conmigo.

Ava se abalanza sobre nosotras, agarrando posesivamente a Danielle del brazo. Ava es pequeñita –más tetas que cuerpo–, con una piel pálida y pecosa que siempre está perfectamente bronceada, incluso en invierno, gracias a su obsesión con la leche hidratante bronceadora de coco. En algún momento, su cabello era pelirrojo, pero el año pasado empezó a teñírselo de diferentes colores según las festividades. Ahora mismo es de un color rosa pálido en honor al Día de San Valentín, y se parece al algodón de azúcar que venden en verano en los puestos del lago. Lleva el mismo pintalabios rojo que Danielle, los mismos pendientes de plata decoran sus orejas y en la mano sostiene la misma funda de teléfono violeta a juego. Es un uniforme que lo dice todo: incluso pese a que técnicamente seamos amigas, jamás me aceptarán en su club para dos. A veces pienso que ella y Danielle están tan acostumbradas a mimetizarse que lo de teñirse el pelo es la única forma que tiene Ava de diferenciarse, su pequeño acto de rebeldía.

–¿En serio te acabas de enrollar con Chase? –Ava tira del brazo de Danielle—. Todo el mundo comenta que te

has acostado con él.

–Si todo el mundo lo comenta... –repite Danielle, con una sonrisa perversa en los labios–, debe ser cierto.

Ava tira más fuerte.

–Ya me encargo yo de ella –dice dirigiéndose a mí.

Y a continuación se alejan, hablándose entre susurros que no consigo oír. De repente, la necesidad de esconderme se apodera de mí. Tomo un trago indeciso de lo que queda de mi cerveza, solo por hacer algo. Sabe a pis caliente.

Muy al contrario que a mí, a Andrew siempre le han gustado las fiestas, y no entiendo cómo siempre llega a convencerme para que vaya, y menos cuando preferiría hacer un maratón de diez horas de Netflix. Echo un vistazo para ver si lo encuentro, o si encuentro a Hannah, o a alguien, pero soy demasiado bajita y hay mucha gente.

Voy a matar a Andrew por haberme organizado una fiesta de cumpleaños y haber pasado de mí después.

«Venga, Collins», soltó cuando insistí en que no me parecía buena idea. «Hemos celebrado todos nuestros cumpleaños juntos. No podemos dejar de hacerlo ahora». Es verdad. Andrew estaba allí el mismísimo día en que yo nací. Antes, de hecho. Nuestras madres se hicieron amigas en la clase de preparación al parto según la técnica Lamaze, así que siempre hemos estado juntos. El cumpleaños de Andrew fue la semana pasada, y sus padres nos llevaron a cenar a Giovanni's, algo que no encajaba en absoluto con el tipo de aventura cumpleañosera que él tenía en mente. Así que ahora aprovecha que se han ido de vacaciones y yo tengo que tragar.

Entro en la cocina, esquivando a Jarrod Price, que está hurgando en el cubo de la basura. Hay vasos y platos sucios esparcidos por toda la encimera de formica. Andrew me prometió *pizza* si accedía a venir a la fiesta, y ahora las cajas se amontonan, llenas de cortezas abandonadas y queso reseco.

Apilo los platos, los pongo en el fregadero, mojo el estropajo y cojo el jabón.

–Por favor, dime que no piensas ponerte a fregar los platos.

Andrew cuelga un brazo sobre mi hombro y me aparta con un abrazo. En cierto modo, siempre me hace pensar en un golden retriever, un revoltijo sonriente y mullidito de pelo rubio y pecas. Juro que algunas veces incluso veo cómo mueve la cola.

–He pensado que podría adelantar trabajo.

Tomo un vaso de plástico de color rojo y lo paso por debajo del grifo. Andrew me lo quita de un manotazo y el agua nos salpica a los dos. Su camisa de franela está ya tan arrugada que parece que se haya revolcado con ella puesta. Lo que probablemente habrá hecho, con alguna que otra chica. Puaj.

–No creas que vas a ponerte a fregar platos el día de tu cumpleaños –dice–. Son normas de la casa. Además, es un vaso desechable.

–No digas eso en su presencia. Herirás sus sentimientos. –Echo un vistazo hacia donde está Danielle, rodeada de una pandilla de chicas de primero de bachillerato–. ¿Crees que Danielle se encuentra bien?

Andrew sigue mi mirada.

–Es Danielle Oliver. Vive por y para ser el centro de atención. No podría haberle salido mejor ni aunque lo hubiera planeado.

Recuerdo mi conversación con ella en el piso de arriba, cómo me obligó a prometer que no se lo contaría a nadie.

–Me siento mal. Si fuera yo...

–Pero tú no eres ella. –Me pasa un brazo por la espalda–. Y menos mal. ¿Crees que habría podido soportarla durante dieciocho años? –Dejo que me arrastre hasta la nevera–. Tengo esa estúpida bebida de sandía que tanto te gusta. ¿La has encontrado?